

La epopeya de la clausura Marco Aurelio y Renan

Christopher Domínguez Michael

Los libros de la colección “Sepan Cuan-
tos...”, de Porrúa, nunca son novedades,
no les llegan a los reseñistas ni aparecen
en las vitrinas de los librerías. Nacen vie-
jos, se acumulan en las estanterías más
remotas, durmiendo a la espera de un es-
tudiante nonato o de un curioso suspicaz.
Anciana, la colección tiene algunos de los
malos hábitos de la tercera edad. Nos mi-
ra con la severa abulia del prefecto, nos
rechaza con una vejatoria doble colum-
na y antimoderna, se niega a consignar el
nombre del traductor. Yo les tenía tirria
desde que arruinaron mi iniciación a la
antigua literatura castellana con su edi-
ción de *El conde Lucanor*, de don Juan Ma-
nuel. Me fui reconciliando con “Sepan
Cuan-...” gracias a los prólogos a Emi-
lio Salgari de María Elvira Bermúdez,
que en paz descansa y no hace mucho des-
cubrí el hilo negro de que, pese a que al-
gunas traducciones son infames, su acer-
vo es a veces imprescindible.¹

En 1990 apareció el número 597 de la
colección: *Marco Aurelio y el fin del mundo
antiguo*, de Ernesto Renan, pues los sepan-
cuan-... siguen hispanizando los nom-
bres propios. Se trata de una joya de la li-
teratura decimonónica, pues Ernest Renan
(1823-1892) fue una de las grandes plu-
mas de su tiempo y vivió con pasión las
contradicciones de su siglo: cristiano, tra-
tó de probar su fe a través de los filtros del
positivismo y, católico bretón, no resistió
a la tentación de ascender, agradecido, la

¹ Un cuarto de siglo después, la colección bauti-
zada por Alfonso Reyes en 1959 y dirigida durante
décadas por Felipe Teixidor abandonó la doble co-
lumna, utiliza viñetas horribles en las portadas y ha
contratado a nuevos prologuistas, pero continúa su
parsimoniosa y humilde labor de llevar los clásicos a
los lectores más desprotegidos, indiferente al mundo
del e-book y otras novedades [Nota de 2016].

acrópolis. Respetó, imaginativo, las repú-
blicas laicas aunque añoró las viejas mo-
narquías. Su *Vida de Jesús* (1863) le acar-
reó un severo coscorrón del Papa. Y es
que Renan es el padre de la moderna his-
toria de las religiones. Escribió una *Histo-
ria del pueblo de Israel*, antes, su *Historia
de los orígenes del cristianismo* (1863-1883),
de la que el *Marco Aurelio* es el último
capítulo.

Admira ver medirse a dos grandes es-
cépticos. El pensador francés se emocio-
na ante la majestad de aquel emperador
que sorprendió a sus contemporáneos con
un legado que es una de las últimas gran-
des obras de la Antigüedad clásica. Mar-
co Aurelio (121-180, d. C.) fue el triste
ilustrado que cerró la dinastía pagana. Po-
cos como él vivieron lo que Arnaldo Mo-
migliano llamó “el drama de los cristia-
nos y los paganos en una época de crisis”.
Fue sabio, mesurado y culto: vio morir con
melancolía los cimientos de una religión
que amó con argumentos precristianos.
Combatió a los discípulos de Jesús como
hombre de Estado aunque fue famoso por
su tolerancia intelectual y su abomina-
ción de la sangre. Criticó a los cristianos
con la duda filosófica. Sus célebres *Medi-
taciones* unen a Séneca con los primeros
teólogos cristianos. En ellas —como ad-
vierte Renan— el estoico romano deja lo
mejor de su escuela para el naciente cris-
tianismo: “65. Mira, no sea que te pase a
ti con los misántropos lo que a los hom-
bres con los hombres”.

Marco Aurelio erró al rechazar la adop-
ción y reinstaurar la herencia patrilineal
del trono. Su hijo Cómodo fue un empe-
rador cruel e imbécil. Renan culpa a la
Providencia del castigo. Pero *Marco Au-
relio y el fin del mundo antiguo* va más allá

del tránsito mundano y la herencia espi-
ritual del emperador. Es una magnífica in-
troducción a las no pocas veces milagro-
sas combinaciones que hicieron posible la
sobrevivencia y el dominio del cristianis-
mo. Renan cuenta el horrendo martirio
de los cristianos y el ansia que estos te-
nían de tormento: tras orinarse en las es-
tatuas de Júpiter esperan el castigo a car-
cajadas. También el erudito se detiene en
los paganos que esperaban risueños la re-
surrección de sus víctimas en el circo.

Multiplica las herejías que dieron ori-
gen al cristianismo, revela las discusiones
sobre la iconoclastia y la aportación gnós-
tica en el surgimiento de un nuevo arte
religioso. En alarde de criticismo moder-
no, Renan se pregunta cómo fue posible
que la nueva Iglesia ocupara, en Europa y
durante mil 500 años, toda la vida civil,
todo el Estado.

Ernest Renan, el polígrafo, hizo filolo-
gía y crítica literaria, autobiografía y drama
filosofante. Dejó una vasta obra póstu-
ma, participó activamente en la discusión
política de su tiempo y, ni modo, fue uno
de los ideólogos, con el conde de Gobineau,
Carlyle y luego Spengler, de la suprema-
cía aria.

Vale la pena visitar la esquina de Justo
Sierra y República de Argentina en el Cen-
tro histórico de la Ciudad de México, y
recibir, junto con un ejemplar de “Sepan
Cuan-...”, la tradicional envoltura plás-
tica, tan higiénica y tan previsora de las
mañas del educando. Además, *Marco Au-
relio y el fin del mundo antiguo* se nos pre-
senta en una sola columna. Vientos de re-
novación se cuelan por la Casa Porrúa,
pues otra de sus novedades es la edición de
Marcel Schwob preparada por José Emi-
lio Pacheco [1991]. **U**